

SOBRE VERDAD Y MENTIRA EN SENTIDO EXTRAMORAL¹

Friedrich Nietzsche

En algún apartado rincón del universo diseminado en innumerables sistemas solares llameantes, hubo en tiempos una estrella, donde astutos animales inventaron el conocimiento. Fue ése el más altivo y engañoso minuto de la “historia universal”: y, sin embargo, no fue más que un minuto. Después de pocos resuellos de la naturaleza, helose la estrella y los animales astutos hubieron de morir. — Podría alguien ingeniar así una fábula, y no habría ilustrado suficientemente, sin embargo, cuán lamentable, cuán sombrío y efímero, sin fines y arbitrariamente, se presenta el intelecto humano en medio de la naturaleza. Hubo eternidades en que no era; cuando haya desaparecido, nada se perderá. Pues no hay, para ese intelecto, una misión que vaya más allá de la vida del hombre. Sino que sólo es humano, y sólo su poseedor y engendrador lo toma tan patéticamente, como si los quicios del mundo girasen en él. Pero si pudiésemos entendernos con el mosquito, advertiríamos entonces que también él discurre por el aire con este *pathos* y siente dentro de sí el centro alado de este mundo. Y nada hay en la naturaleza, por despreciable y escaso que parezca, que no se hinche como un odre por un pequeño soplo de esa fuerza del conocimiento; y como cualquier ganapán quiere tener su admirador, así el hombre más orgulloso, el filósofo, piensa que todos los ojos del universo, desde todas partes, están dirigidos telescópicamente hacia sus actos y su pensamiento.

Es curioso que el intelecto provoque esto, él, que no obstante sólo ha sido suplido como medio auxiliar de la más infeliz, delicada y perecedera criatura, para afirmarla por un minuto en la existencia, de la cual, por lo demás, sin ese suplemento, tendría toda razón para esfumarse tan rápidamente como el hijo de Lessing. Se engaña, pues, ese orgullo, ligado al conocimiento y la sensación, poniendo una niebla cegadora sobre los ojos y los sentidos de los hombres, acerca del valor de la existencia, pues lleva en sí la más lisonjera valoración del conocimiento mismo. Su efecto más general es el engaño —pero también los efectos más particulares llevan en sí algo de igual carácter.

El intelecto, como medio para la conservación del individuo, despliega sus principales fuerzas en la disimulación; pues ésta es el medio por el que se conservan los individuos más débiles, menos robustos, a quienes les está vedado llevar a

¹ “Über Wahrheit und Lüge im außermoralischen Sinn”, en: Friedrich Nietzsche, *Werke in drei Bänden* (ed. Schlechta), III, 309-322, München: Hanser, 1966.

cabo la lucha por la existencia con cuernos y agudos colmillos de fiera. En el hombre, este arte de la disimulación llega a su cima; aquí la ilusión, la adulación, la mentira y el engaño, el hablar a las espaldas, el representar, el vivir de un brillo prestado, el enmascaramiento, la convención encubridora, el juego escénico ante los demás y ante sí mismo, en breve, el mariposeo constante en torno a la única llama de la vanidad, son de tal modo la regla y la ley, que nada hay casi más inconcebible entre los hombres como el surgimiento de un instinto puro y sincero de verdad. Ellos están hondamente sumergidos en ilusiones e imágenes oníricas, su ojo sólo resbala sobre la superficie de las cosas y ve no más que “formas”, su sensación jamás los conduce a la verdad, sino que se contenta con recibir nuevos estímulos o, en cierto modo, con jugar a palpar la espalda de las cosas. A más de esto, déjase el hombre mentir, todas las noches de su vida, en el sueño, sin que nunca trate de evitarlo su sentido moral; mientras que ha de haber hombres que, por una voluntad vigorosa, han dejado de roncar. ¿Qué sabe el hombre realmente de sí mismo! ¿Y podría percibirse una vez íntegramente tal cual es, como expuesto en una vitrina iluminada? ¿Acaso no le oculta la naturaleza la mayor parte de las cosas, aun acerca de su cuerpo, para retenerlo fuera de los repliegues de sus entrañas, del rápido torrente de su sangre, de las trepidaciones complejas de sus fibras, encerrado en una conciencia orgullosa y quimérica? La naturaleza arrojó la llave: y desdichada la curiosidad fatal que quisiera atisbar por el ojo de la cerradura bien lejos fuera de la cámara de la conciencia, y bajo ella, y presintiera, entonces, que es sobre lo despiadado, lo ávido, insaciable y asesino, que reposa el hombre en la indiferencia de su no saber y como pendiendo de sueños sobre la espalda de un tigre. ¿Dónde hallar, entonces, en esta constelación, el instinto de verdad!

Mientras quiere el individuo conservarse frente a los demás individuos, utiliza el intelecto en un estado natural, a lo más para la disimulación: pero, puesto que el hombre, por necesidad y aburrimiento, quiere también existir en sociedad y como en una horda, requiere concertar un tratado de paz y se empeña en que por lo menos desaparezca de su mundo el enormísimo *bellum omnium contra omnes*. Este tratado de paz lleva consigo algo que parece como el primer paso para la consecución de ese enigmático instinto de verdad. Pues ahora se fija lo que desde ya ha de ser “verdad”, es decir, se ha inventado una designación de las cosas uniformemente válida y obligatoria, y el código del lenguaje suministra también las primeras leyes de la verdad: pues aquí nace, por vez primera, el contraste de verdad y mentira. El mentiroso emplea las designaciones válidas, las palabras, para hacer que lo irreal parezca realidad; dice, por ejemplo, “soy rico”, mientras que, para su condición, “pobre” sería precisamente la designación correcta. Abusa de las convenciones fijas a través de suplantaciones arbitrarias o aun inversiones de los nombres. Al hacer esto en provecho suyo y con perjuicio de los demás, ya la sociedad no confiará más en él y lo excluirá de sí. Por eso, los hombres no rehuyen

tanto el ser engañados como el ser perjudicados por el embuste; en el fondo odian ellos, también en esta etapa, no el engaño, sino las consecuencias perniciosas, adversas, de ciertos géneros de engaño. Y sólo en un sentido parecidamente limitado quiere también el hombre la verdad: anhela las consecuencias agradables de la verdad, las que conservan la vida; frente al conocimiento puro y sin consecuencias es indiferente, y aun está enemistosamente dispuesto contra las verdades que pueden dañar y destruir. Y por encima de esto, ¿qué ocurre con aquellas convenciones del lenguaje? ¿Son quizá productos del conocimiento, del sentido de verdad, coinciden las designaciones y las cosas? ¿Es el lenguaje la expresión adecuada de todas las realidades?

Es sólo por la capacidad de olvido que el hombre puede llegar a figurarse que posee una “verdad” en el grado que recién se indicó. Si no quiere contentarse con la verdad en la forma de la tautología, es decir, con vacías cáscaras, eternamente trocará, entonces, ilusiones por verdades. ¿Qué es una palabra? La copia en sonidos de una excitación nerviosa. Pero inferir de una excitación nerviosa una causa fuera de nosotros es ya el resultado de una aplicación falsa e injustificada del principio de razón. ¿Cómo podríamos decir, si lo decisivo en la génesis del lenguaje fuese la verdad, en las designaciones el punto de vista de la certeza, cómo podríamos decir: “la piedra es dura”, cual si la palabra “dura” nos fuese conocida de algún otro modo, y no sólo como una estimulación completamente subjetiva? Dividimos las cosas en géneros, decimos que el árbol es masculino y la planta, femenina: ¡qué arbitrarias transposiciones! ¡Cuán lejos estamos aquí de los cánones de la certeza! Hablamos de una “serpiente”: la designación no atañe más que al hecho de enroscarse y culebrear y, por lo tanto, podría convenirle también al gusano. ¡Qué limitaciones tan arbitrarias, qué preferencias unilaterales de ésta o la otra propiedad de una cosa! Las diversas lenguas, comparadas entre sí, nos muestran que en las palabras jamás se trata de llegar a la verdad, a una expresión adecuada: pues de otro modo no habría tantos idiomas. La “cosa en sí” (ésta sería precisamente la pura verdad sin consecuencias) tampoco le es en absoluto aferrable al forjador de las imágenes lingüísticas, y completamente indigna de ser ambicionada. Él sólo designa las relaciones de las cosas con los hombres, y toma para su expresión las metáforas más audaces como ayuda. ¡Transponer, ante todo, una excitación nerviosa en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen es transformada en un sonido! Segunda metáfora. Y cada vez este salto total de una esfera a otra, completamente distinta y nueva. Puede uno imaginar a un hombre que fuese totalmente sordo y que jamás hubiese tenido ninguna sensación del sonido ni de la música: cómo se asombraría ante las figuras acústicas de Chladni, y hallaría sus causas en las vibraciones de las cuerdas, y juraría que ahora sabe lo que los hombres llaman “sonido”: así también nos ocurre a todos con el lenguaje. Creemos saber algo de las cosas mismas cuando hablamos de árboles, de colores, de nieve y de flores, y, sin embar-

go, no poseemos más que metáforas de las cosas, que no corresponden en nada a las entidades originarias. Así como se toma el sonido por figura de arena, así también la X enigmática de la cosa en sí es tomada una vez por excitación nerviosa, luego como imagen, y finalmente por sonido articulado. En ningún caso se procede lógicamente, pues, en la génesis del lenguaje, y todo el material en donde y con el cual trabaja y construye más tarde el hombre de la verdad, el investigador, el filósofo, si no proviene del reino ilusorio de las nubes, tampoco proviene de la esencia de las cosas.

Pensemos ahora especialmente en la formación de los conceptos. Cada palabra deviene inmediatamente concepto, con no servir sólo para la vivencia irreplicable a la que debe su nacimiento, acaso como recuerdo suyo, sino porque debe convenir a la vez a un sinnúmero de casos más o menos semejantes, es decir, rigurosamente, nunca iguales, y, por lo tanto, a muchos casos desiguales. Cada concepto surge de la igualación de lo desigual. Tan cierto como que nunca es una hoja igual a la otra, así también es cierto que el concepto de hoja se ha formado por la omisión de estas diversidades individuales, por el olvido de lo diferenciador, y despierta entonces la representación de que pudiese haber en la naturaleza, fuera de las hojas, algo que sería la “hoja”, una suerte de forma primordial, según la cual todas las hojas fuesen tejidas, dibujadas, medidas a compás, coloreadas, rizadas, pintadas, pero por manos inhábiles, de modo que ningún ejemplar resultara correcta y confidencialmente como copia fiel de la forma primigenia. Llamamos “honrado” a un hombre; ¿por qué ha obrado hoy tan honradamente?, preguntamos. Nuestra respuesta suele ser: en virtud de su honradez. ¡La honradez! Esto de nuevo quiere decir: la hoja es causa de la hoja. Y nada sabemos de una cualidad esencial que se llamara “la honradez”, pero sí de numerosas acciones individualizadas, y por eso desiguales, que igualamos mediante la omisión de lo desigual y que ahora designamos como acciones honradas; por último, formulamos a partir de ellas una *qualitas occulta* con el nombre: “la honradez”. El soslayamiento de lo individual y real nos da el concepto, así como también nos da la forma, siendo así que la naturaleza no conoce formas ni conceptos y, por lo tanto, tampoco géneros, sino sólo una X inaccesible e indefinible para nosotros. Pues también nuestra oposición de individuo y género es antropomórfica y no proviene de la esencia de las cosas, ya que tampoco nos atrevemos a decir que no le corresponde, pues esto sería una afirmación dogmática y, como tal, tan indemostrable como su contrario.

¿Qué es verdad, entonces? Un móvil ejército de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en breve, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, trasladadas, adornadas poética y retóricamente, y que tras un uso largo le parecen a un pueblo firmes, canónicas y obligatorias: las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que han sido desgastadas por el uso y que han perdido su fuerza sensible, monedas que han perdido su efigie y sólo pue-

den ser consideradas como metal y ya no como monedas.

Pero seguimos sin saber de dónde proviene el instinto de verdad: pues hasta ahora hemos oído sólo de la obligación que impone la sociedad para existir: ser verídico, esto quiere decir, utilizar las metáforas en uso; expresado, pues, moralmente: la obligación de mentir de acuerdo a una firme convención, mentir gregariamente en un estilo obligatorio para todos. Pero el hombre olvida, ciertamente, que esto es lo que ocurre con él; miente, pues, inconscientemente en el modo señalado y según habituaciones centenarias —y llega, precisamente *a través de esta inconsciencia*, precisamente a través de este olvido, al sentimiento de la verdad. En el sentimiento de estar obligado a designar una cosa como “roja”, otra como “fría”, una tercera como “muda”, despiértase un impulso moral orientado a la verdad: por el ejemplo contrario del mentiroso, en quien nadie confía y a quien todos excluyen, se demuestra el hombre a sí mismo lo noble, fidedigno y útil de la verdad. Pone ahora su conducta, como ser “racional”, bajo el señorío de las abstracciones; ya no tolera ser arrastrado por las impresiones súbitas y por las intuiciones, generaliza primero todas estas impresiones en conceptos descoloridos y más fríos, a fin de hacer de ellos el vehículo de su vida y de su acción. Todo lo que distingue al hombre del animal depende de esta capacidad de volatilizar las metáforas intuitivas en un esquema, de disolver, entonces, una imagen en un concepto. Y ya en el dominio de estos esquemas es posible algo que nunca podría lograrse en medio de las primeras impresiones intuitivas: construir un orden piramidal según castas y grados, crear un mundo nuevo de leyes, de privilegios, subordinaciones, de delimitaciones, un mundo que ahora se opone al otro mundo intuitivo de las impresiones primeras, como lo más firme, lo más general, lo más conocido, lo más humano y, por esto, como lo regulador e imperativo. Mientras que toda metáfora intuitiva es individual y no tiene par, y sabe rehuir, por eso, a toda dosificación, el gran edificio de los conceptos muestra la rígida regularidad de un columbario romano, y respira en la lógica esa severidad y frialdad que son propias de la matemática. Quien reciba el soplo de esta frialdad, apenas creará que también el concepto, osificado y octangular como un dado y trasladable como él, sólo resta como el residuo de una metáfora, y que la ilusión de la traducción artística de una excitación nerviosa en imágenes, si no la madre, es al menos la abuela de todo concepto. Y, dentro de este juego de dados de los conceptos, “verdad” significa utilizar cada dado según su designación, enumerando exactamente sus puntos, formando rúbricas correctas sin contravenir nunca el orden de las castas y la serie de las clases jerárquicas. Así como dividían el cielo los romanos y los etruscos con firmes líneas matemáticas, y, en un espacio de este modo limitado, conjuraban a un dios como en un *templum*, así cada pueblo tiene sobre sí un cielo semejante de conceptos matemáticamente repartidos, y, bajo la exigencia de la verdad, entiendo entonces que cada dios conceptual ha de ser buscado únicamente en su esfera. Habría que admirar aquí al

hombre como un poderoso genio de la arquitectura, que ha tenido éxito en erigir, sobre fundamentos movedizos y, en cierto modo, sobre el agua fluyente, un domo conceptual infinitamente complicado; ciertamente, para hallar apoyo sobre tales fundamentos, la construcción debe ser como una tela de araña, tan delicada y flexible para no ser arrastrada por la ola, tan firme para no ser llevada por el hálito de cualquier viento. Como genio de la arquitectura, elévase el hombre bastante por sobre la abeja: ésta construye con cera, que recolecta en la naturaleza, aquél con la materia mucho más frágil de los conceptos, que antes debe fabricar y extraer de sí mismo. Se le ha de admirar mucho por esto, pero no por su instinto de verdad, de conocimiento puro de las cosas. Cuando alguien esconde una cosa detrás de un arbusto, y luego la busca y encuentra allí mismo, poco hay que alabar en este buscar y encontrar: pero así es como ocurre con la búsqueda y el hallazgo de la “verdad” dentro del círculo de la razón. Si formulo la definición del mamífero y explico después, observando a un camello: “mira, un mamífero”, con ello se habrá traído a luz, ciertamente, una verdad, pero de valor limitado; quiero decir que será en todo antropomórfica y contendrá ni siquiera un único punto que sea “verdadero en sí”, real y universalmente válido, independientemente del hombre. El investigador de tales verdades busca, en el fondo, sólo la metamorfosis del mundo en el hombre, lucha por una comprensión del mundo como una cosa a modo del hombre y, en el mejor caso, gana sólo el sentimiento de una asimilación. Parecidamente a como el astrólogo consideraba a las estrellas en servicio del hombre y vinculados a su dicha y sufrimiento, un semejante investigador considera todo el mundo en relación al hombre, como el eco infinitamente repetido de un sonido primordial, el hombre, como la multiplicada copia de una imagen primordial, el hombre. Su procedimiento es tomar al hombre como medida de todas las cosas: pero con esto parte del error de creer que tiene inmediatamente ante sí esas cosas como puros objetos. Olvida, pues, que las metáforas intuitivas originales son metáforas y las toma como las cosas mismas.

Sólo por el olvido de este mundo primitivo de metáforas, sólo por el endurecimiento y petrificación de una masa de imágenes, originaria y brotada en hirviente flujo desde la facultad primigenia de la fantasía humana, sólo por la invencible creencia de que *este sol, esta ventana, esta mesa* son una verdad en sí, en resumen: sólo porque el hombre se olvida a sí mismo como sujeto y, por cierto, como sujeto artísticamente creador, vive con alguna tranquilidad, seguridad y consecuencia; si pudiera salir un solo instante de los muros carceleros de esa creencia, desaparecería al punto su “conciencia de sí”. Le cuesta trabajo confesarse que el insecto o el pájaro perciben un mundo enteramente diferente al del hombre, y que la cuestión de cuál de ambas percepciones del mundo es más correcta carece completamente de sentido, pues para esto habría que medir con al patrón de la *recta percepción*, es decir, con una medida *que no está dada*. Y, en general, me parece a mí que la “recta

percepción” —y esto querría decir: la expresión adecuada del objeto en el sujeto— es una cosa imposible y contradictoria: pues entre dos esferas absolutamente distintas, como el sujeto y el objeto, no hay causalidad, ni corrección, ni expresión, sino a lo sumo una relación *estética*, quiero decir: una transposición alusiva, una traducción balbuciente en una lengua del todo ajena, para la cual se requiere, en todo caso, una esfera intermedia y una fuerza intermediarias, libremente poéticas y libremente inventivas. La palabra “apariencia” encierra muchas tentaciones, y por ello la evito en lo posible: porque no es verdad que la esencia de las cosas aparezca en el mundo empírico. Un pintor que careciera de manos y quisiera expresar por medio del canto la imagen que tiene ante los ojos, nos revelaría siempre más, por ese trueque de las esferas, de lo que nos revela el mundo empírico sobre la esencia de las cosas. La misma relación de la excitación nerviosa con la imagen producida a partir de ella no es en sí una relación necesaria; pero cuando la misma imagen se ha producido millones de veces y se ha transmitido hereditariamente a través de muchas generaciones de hombres, apareciendo finalmente en toda la humanidad cada vez a consecuencia de la misma ocasión, acaba por adquirir para el hombre la misma significación que si fuese la única imagen necesaria, como si la relación de la originaria excitación nerviosa con la imagen evocada fuese una rigurosa relación de causalidad; del mismo modo que un sueño eternamente repetido sería sentido y juzgado como algo absolutamente real. Pero el endurecimiento y la petrificación de una metáfora no garantizan en modo alguno la necesidad y la justificación exclusiva de esta metáfora.

Todo hombre familiarizado con tales consideraciones ha sentido, seguramente, una profunda desconfianza hacia cualquier idealismo de esta clase, por muy a menudo que se cerciorase muy nítidamente de la consecuencia, universalidad e infalibilidad eternas de las leyes de la naturaleza; y ha sacado esta conclusión: hasta donde inspeccionemos, en las alturas del mundo telescópico y en la hondura del mundo microscópico, todo está construido aquí con tal seguridad, sin término, regularmente y sin lagunas; la ciencia habrá de cavar eternamente en estos pozos y con éxito, y todo lo que encuentre habrá de concordar entre sí y no tendrá contradicción. Qué poco se asemeja esto a un producto de la fantasía: pues si lo fuera, en alguna parte tendría que delatarse el simulacro y la irrealidad. Pero contra esto habría que decir que, si cada uno de nosotros tuviese una sensorialidad diferente, si pudiésemos percibir ya como el pájaro, ya como el gusano, ya como la planta, o si uno de nosotros viese el mismo estímulo como rojo, otro como azul e incluso un tercero lo oyera como un sonido, nadie hablaría entonces de tal regularidad de la naturaleza, sino que se la concebiría sólo como un producto altamente subjetivo. Y entonces, ¿qué es, en suma, para nosotros una ley natural? No nos es conocida en sí misma, sino sólo en sus efectos, es decir, en sus relaciones con otras leyes naturales, que a su vez sólo nos son conocidas como sumas de relaciones.

Así, pues, todas estas relaciones no hacen más que remitir continuamente unas a otras y nos resultan absolutamente incomprensibles en su esencia; sólo conocemos realmente lo que nosotros aportamos a esto: el tiempo, el espacio; por lo tanto, relaciones de sucesión y números. Pero todo lo maravilloso, lo que precisamente admiramos en las leyes naturales, lo que reclama nuestra explicación y lo que podría tentarnos a desconfiar del idealismo, reside justa y únicamente en el rigor matemático y en la inviolabilidad de las representaciones del espacio y del tiempo. Pero éstas las producimos en nosotros y a partir de nosotros con la necesidad con que teje la araña su tela; si estamos obligados a concebir todas las cosas sólo bajo esas formas, ya no resulta maravilloso que en todas las cosas sólo concibamos precisamente estas formas: pues todas ellas deben conllevar las leyes del número, y el número es precisamente lo más asombroso de las cosas. Toda la regularidad de las órbitas de los astros y de los procesos químicos, que tanto respeto nos infunde, coincide en el fondo con aquellas propiedades que nosotros mismos hemos introducido en las cosas, de modo que, así, nos infundimos respeto a nosotros mismos. En todo caso, de aquí resulta que esa producción artística de metáforas con la que empieza en nosotros toda sensación supone ya esas formas y, por lo tanto, se realiza en ellas; y sólo por la sólida persistencia de estas formas primordiales se explica la posibilidad de que se pueda luego construir, a partir de las metáforas mismas, un edificio de conceptos. Y éste no es otra cosa que la imitación de las relaciones de espacio, tiempo y número sobre la base de las metáforas.

2

En el edificio de los conceptos trabaja originariamente, como hemos visto, el lenguaje, y en posteriores tiempos, la ciencia. Así como la abeja construye las celdillas y simultáneamente las rellena de miel, así trabaja la ciencia incansablemente en ese gran columbario de los conceptos, sepultura de las intuiciones; construye siempre nuevas plantas y más elevadas, refuerza, limpia y renueva las celdillas viejas y, sobre todo, se esfuerza en llenar ese andamiaje que ha apilado de manera descomunal y en ordenar dentro de él todo el mundo empírico, es decir, el mundo antropomórfico. Si ya el hombre de acción ata su vida a la razón y a los conceptos para no ser arrastrado y no perderse a sí mismo, el investigador construye su choza adosada al edificio turriforme de la ciencia para colaborar en él y encontrar, él mismo, amparo bajo ese baluarte. Y ciertamente necesita amparo: pues existen poderes terribles que constantemente lo amenazan y que oponen a la “verdad” científica los estandartes más diversos de otras “verdades” configuradas de manera completamente distinta.

Aquel instinto que impulsa a formar metáforas, aquel instinto fundamental del hombre, del que no se podría prescindir ni por un instante, pues con eso se prescindiría del hombre mismo, no ha sido en verdad sometido, y apenas si domado, con que se le haya construido con sus engendros volatilizados, los conceptos, un nuevo mundo regular y rígido como una fortaleza. Busca un nuevo dominio para su actividad y otro cauce, y lo encuentra en el mito y, sobre todo, en el arte. Continuamente confunde las rúbricas y las celdillas de los conceptos, introduciendo nuevas transposiciones, metáforas, metonimias; continuamente muestra su deseo de dar forma al mundo presente del hombre despierto de modo tan abigarradamente irregular, tan inconsecuente, tan inconexo, tan encantador y eternamente nuevo, como lo es el mundo de los sueños. En sí, ciertamente, el hombre despierto sólo sabe de su vigilia por la trama rígida y regular de los conceptos, y cae en la creencia de que sueña justamente cuando esa trama conceptual es desgarrada por el arte. Pascal tiene razón cuando afirma que, si todas las noches nos sobreviniese el mismo sueño, nos ocuparíamos tanto de él como de las cosas que vemos cada día: “si un artesano estuviera seguro de soñar las doce horas de cada noche que era rey, creo, entonces,” dice Pascal, “que sería casi tan dichoso como un rey que soñara todas las noches durante doce horas que es artesano”. La diurna vigilia de un pueblo míticamente excitado, como el de los antiguos griegos, es, de hecho, por el continuo efecto de prodigio que tiene el mito, más parecida al sueño que a la vigilia del sensato pensador científico. Si cada árbol puede hablar como una ninfa, o si un dios, bajo disfraz de toro, puede raptar a una doncella, si de pronto la misma diosa Atenea puede ser vista en compañía de Pisístrato por los mercados de Atenas sobre un hermoso carro —y así lo veía el honrado ateniense—, entonces todo, como en el sueño, es posible en cada momento, y la naturaleza entera pulula alrededor del hombre como si solamente fuese la mascarada de los dioses, que no hacen más que divertirse al engañar a los hombres bajo los más variados aspectos.

Pero el hombre mismo tiene una inclinación invencible a dejarse engañar, y queda como hechizado de felicidad cuando el rapsoda le narra leyendas épicas como si fuesen verdaderas, o cuando en una obra el actor hace de rey más regiamente de lo que la realidad enseña. El intelecto, ese maestro de la disimulación, está libre y dispensado de su servicio de esclavo por tanto tiempo como pueda engañar sin cometer perjuicio, y celebra entonces sus saturnales. Nunca es más exuberante, rico, soberbio, ágil y temerario: con deleite creador, arroja las metáforas, entremezclándolas, y desplaza los hitos de las abstracciones de tal manera que, por ejemplo, designa al río como el camino movedizo que lleva al hombre adonde quiere ir. Ahora ha arrojado de sí las insignias de la servidumbre; antes se esforzaba por mostrarle a un pobre individuo, al que se le antojase, mediante una melancólica actividad, el camino y las herramientas de la existencia, como un siervo que

ejerciera el robo y el saqueo para su señor; ahora se ha convertido en el amo, y puede borrar de su semblante la expresión de indigencia. Todo lo que hace ahora conlleva, en comparación con su antigua actividad, la disimulación, como la anterior conllevaba la caricatura. Copia la vida humana, pero la toma como una buena cosa, y parece darse por satisfecho con ella. Esa monstruosa viguería y andamiaje de los conceptos, a las que de por vida se aferra el hombre menesteroso para salvarse, para el intelecto liberado es sólo un tinglado y un juguete para sus obras de arte más osadas: y, cuando lo destruye y confunde los pedazos, y lo recompone irónicamente, apareando lo más ajeno y separando lo más próximo, pone de manifiesto que no necesita de aquellas muletas de la indigencia y que ahora ya no es por conceptos que se rige, sino por intuiciones. Ningún camino regular conduce desde esas intuiciones a la región de los esquemas espectrales, de las abstracciones: la palabra no está hecha para ellas, el hombre enmudece al verlas o habla en copia de metáforas prohibidas y ensambles inauditos de conceptos, para corresponder de modo creador, aunque sólo sea mediante la destrucción y el escarnio de las antiguas barreras conceptuales, a la impresión de la poderosa intuición presente.

Hay épocas en que el hombre racional y el hombre intuitivo conviven; uno en el temor de la intuición, el otro mofándose de la abstracción; tan irracional el último como poco artístico el primero. Ambos ambicionan señorear sobre la vida: éste, sabiendo afrontar las necesidades más imperiosas mediante la previsión, la prudencia, el cálculo; aquél, no viendo esas necesidades, como “héroe desbordante de alegría”, y tomando como real solamente la vida disfrazada en la apariencia y la belleza. Toda vez que el hombre intuitivo, como en la antigua Grecia, maneja sus armas de manera más potente y victoriosa que su adversario, puede, si las circunstancias son favorables, configurarse una cultura y establecerse el dominio del arte sobre la vida; aquella disimulación, aquel rechazo de la indigencia, aquel esplendor de las intuiciones metafóricas y, sobre todo, aquella inmediatez del engaño acompañan todas las manifestaciones de una vida semejante. Ni la casa, ni el paso, ni la vestimenta, ni el cántaro de arcilla delatan que ha sido la necesidad la que los inventó: parece como si en todos ellos hubiera de expresarse una felicidad sublime y una serenidad olímpica y, por decir así, un juego con lo serio. Mientras el hombre guiado por conceptos y abstracciones sólo conjura por medio de éstos la desgracia, sin extraer a la fuerza de las abstracciones la felicidad, mientras se empeña por estar libre del dolor lo más posible, el hombre intuitivo, instalado en medio de una cultura, consigue, ya de sus mismas intuiciones, además de la defensa ante los males, un flujo continuo de luz, serenidad y salud. Es cierto que sufre vivamente *cuando* sufre: y sufre a menudo, pues no sabe aprender de la experiencia y cae una y otra vez en el mismo pozo en que antes había caído. Es tan irracional en el sufrimiento como en la dicha, grita con fuerza y no encuentra consuelo. ¡Qué distinto se comporta el hombre estoico ante los mismos contratiempos, instruido

por la experiencia y gobernándose por conceptos! Él, que no busca más que sinceridad, verdad, libertad de todo engaño y protección ante las sorpresas seductoras, ofrece ahora, en la desgracia, como el otro en la felicidad, la obra maestra de la disimulación; no lleva ya un rostro humano, palpitante y vivaz, sino una especie de máscara de facciones dignas y proporcionadas; no grita y ni siquiera altera su voz; cuando se descarga sobre él una buena nube de tormenta, se envuelve en su manto y se camina con paso lento bajo ella.

Traducción de Pablo Oyarzun R.